

35 • MIÉRCOLES, 8 DE MAYO DE 2002 *HOY*

SUPLEMENTO DE CULTURA "ARRAGO"

DAMARIS MONTIEL

Viva naturaleza muerta

LA EXPLOSIÓN DE VIDA QUE TIENE LUGAR EN LAS TELAS DE DAMARIS MONTIEL (PANAMÁ) SE PROLONGA EN EL CANTO DE LOS CUADROS Y ESPERAMOS ANSIOSOS EL MOMENTO EN QUE EL REPLIEGUE DE TEJIDOS Y ENTRETRELAS SALGA DEL CUADRO, INVADA LA SALA Y NOS ENVUELVA, NOS INTEGRE A LA MATRIZ PRIMIGENIA; REGAZO FEMENINO SIEMPRE ABIERTO, CÁLIDO, ABUNDANTE Y NUTRICIO

POR JUAN DUARTE Y EMILIA OLIVA

Sostiene Alejo Carpentier, como escritor y teórico de la literatura, que el arte americano tiende necesariamente hacia el barroco, es decir, a la exuberancia, exhibiendo una mezcla de estilos que conviven sin problemas. Esta mezcla sin jerarquías resulta de una amalgama de culturas que confluyen en el espacio americano. Tradición indígena e influjo hispánico que, a partir de mediados del XIX, pierde fuelle por lo que deja de ser punto de referencia y el arte hispanoamericano se decanta más por lo francés y centroeuropeo.

En la pintura abigarrada y en el horror vacui de los cuadros de la panameña Damaris Montiel se imbrican estos tres sustratos culturales para realizar una apología de la fecundidad, de *la joie de vivre*, a través de la visión onírica de los frutos de las tierras calientes de Mesoamérica. Visión totalmente opuesta a la tradición española del retrato y de la naturaleza muerta donde prima la austeridad en la representación y la muerte planea como una amenaza. Nada en los bodegones de Damaris Montiel hace referencia al *vanitas vanitatis* tan caro a nuestra pintura. Sin embargo, encontramos en ellos el mismo pansexualismo de figuras y fondos de Gustav Klimt, el mismo misterio y fascinación por la sexualidad de Frida Kalho, pero lejos del dolor de vivir de ésta última, y el primitivismo, la carga simbólica de la inocencia perdida, en la obra de Balthus.

EROTISMO VEGETAL

Naturalezas muertas, composiciones y retratos imantan la mirada en un festival de color que nos envuelve y arrastra hacia el centro del cuadro donde una escena, profundamente erótica, tiene lugar. Los torturados entrelazados vegetales, la nervadura de las hojas al fondo del cuadro contaminan la tela que se pliega para crear un espacio confortable a la existencia. Este seno de pliegues y circunvoluciones de telas, raíces o tallos conforman una matriz protectora donde todas las fecundaciones son posibles (flores y frutos constituyen metáforas vivas de los sexos) y donde ni el tiempo ni la muerte hacen mella. La vida, sólo la vida, en un universo con céntrico como una matriz, donde el hombre, la mujer, los niños son otros tantos frutos de esa fuerza procreadora que todo lo envuelve. Apología de la tierra como alma mater representada en esa figura femenina, *Nasha*, de cuya cintura emerge el tejido que conforma un universo donde los frutos, en alegre promiscuidad, se multiplican y se ofrecen ya abiertos en un acto de ofrenda, de entrega. El hombre, la mujer, no pueden sino officiar, también ellos, en el inmenso ritual de amor y fecundidad que tiene lugar. El hombre teje entre sus manos una liana de hojas, que parece emerger de su sexo, y la deposita en innumerables vasijas-matriz. Metáfora clara de la copulación y de la fecundación. Detrás de la mujer aparece siempre la vasija con los tallos verdes o las flores de marcado carácter fálico y, cuya presencia en el cuadro, pone de manifiesto no sólo la latencia del deseo, sino también la de un impulso vital de la que el hombre no es más que el instrumento.